

Beatriz Colombi

Viaje intelectual: Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915),

Rosario, Beatriz Viterbo, 2004, 270 páginas

La índole inestable del relato de viajes hace del género un objeto resbaladizo y difícil de apresar. Por su condición móvil y en fuga, y por la coexistencia de una exploración del mundo con una autoexploración, los libros de viaje construyen representaciones fronterizas, que se dirigen hacia el exterior y hacia el interior de la enunciación. ¿Qué retratan los viajes, el paisaje o la percepción del viajero? ¿Qué autoimagen del yo resulta construida en ellos? ¿Cuál es su referente y cuáles las estrategias para construirlo? Este libro es una intervención ante esas preguntas y propone para responderlas un recorrido por un *corpus* de relatos de viaje emprendidos por escritores latinoamericanos o basados en la región, principalmente por Europa –España y Francia– y los Estados Unidos, durante el momento de internacionalización de la cultura de América Latina.

La coyuntura estudiada por Beatriz Colombi es un punto clave para trazar una genealogía del latinoamericanismo y examinar los comienzos de su versión hispánica finisecular. Aunque el rol de la literatura en este proceso –tal como lo han estudiado Ángel Rama, Sylvia Molloy y Julio Ramos– es conocido, no existen libros que exploren de manera exhaustiva la relación entre la literatura de viajes y la formación de un

imaginario latinoamericano. La invención de América Latina, se sabe, cobra forma en la pluma de los escritores que la construyen desde fuera, como rescata Colombi en Martí o en Manuel Ugarte. Si España u Oceanía pueden ser invenciones –de las litografías francesas o de los textos de John William Cook, según señala Sarmiento en sus *Viajes*– o México una imagen concebida desde Europa, como sostiene Colombi en el capítulo dedicado a Alfonso Reyes, otro tanto ocurre con la escritura de los viajeros latinoamericanos, estudiados como una constelación de donde emerge una silueta continental.

Un primer hallazgo del libro radica en la reconstrucción de un mapa, con un doble efecto: forma un campo enhebrado por relaciones literarias y sirve para recomponer el itinerario de esa formación. Colombi recorre las lecturas mutuas de Sarmiento y Martí, el epistolario de Reyes y Pedro Henríquez Ureña, examina a Horacio Quiroga y Enrique Gómez Carrillo reunidos en los cafés parisinos; todos ellos forman un conjunto que *Viaje intelectual* recupera en un estudio minucioso de cruces, intersecciones y tráficos, donde el género es interrogado a partir de su anclaje en algunos escenarios urbanos privilegiados. Las ciudades –París y Washington, Chicago y Madrid, Barcelona y Nueva York– son zonas de

cruce y espacios de peregrinación en busca de una consagración no siempre conseguida, pero sobre todo son leídas como espacios donde se tejen los vínculos entre pares y desde donde se fragua la identidad colectiva. La ciudad letrada aparece así desplazada fuera de la región y se reconocen deudas, imitaciones y un comercio de prácticas que a menudo se inician en Nueva York o en París, para luego reproducirse en América Latina. Aunque el latinoamericanismo ha comenzado a ser estudiado a partir de su conformación como disciplina académica en los Estados Unidos, sería preciso incorporar un rastreo más preciso de su prehistoria europea que este libro contribuye a producir.

La debilidad de los intereses imperiales europeos en América Latina impidió la formación de una división como la que tuvo lugar en la academia norteamericana a partir de la guerra fría. Sin embargo, algunos comienzos reveladores emergen allí, activados por un resorte diferente del que operó en el contexto norteamericano. Como en los viajes europeos a Oriente, los viajes latinoamericanos tienen más impacto por la representación que formulan de América Latina que por el paisaje europeo o norteamericano referido en ellos. Serán los

escritores viajeros quienes inicien la tradición latinoamericanista a través de artículos periodísticos, epistolarios y su propia obra literaria, en la que los textos de viajes ocupan un lugar central y marginal a la vez. Las crónicas periodísticas, aunque un género menor para sus propios autores, contribuyeron a fabricar la herencia y proyectaron un patrimonio común. Los viajes permitieron así un contacto imposible en la posición nacional aislada de cada autor.

Un segundo punto es el problema nacional. El libro atraviesa naciones, continentes, indaga la formación de un imaginario hispanoamericano que es, naturalmente, un objeto transnacional. La bibliografía más reciente sobre viajes plantea una distinción entre el concepto de viaje y el de desplazamiento, donde el primero aparece próximo al turismo y el segundo a la diáspora masiva. ¿Se trata en este caso de viajeros o de migrantes? Sería interesante interrogar el viaje *–triste pero firme*, como dice Martí– en su enunciación desplazada. Tanto Sarmiento como Martí escribieron algunos de sus libros más importantes fuera de sus patrias, y no tanto viajando como afincados en el exilio por largos períodos, trabajando, traduciendo y obteniendo un reconocimiento que no tuvieron en sus países de origen. El desplazamiento es, hasta cierto punto, condición de posibilidad para la enunciación, así como lo es para la formulación de un imaginario latinoamericano. Por lo tanto, la posición de Martí en Nueva York, como la de Groussac en Buenos Aires, más que la de un viajero se

asemeja a la de un migrante, un *inmigrante* que piensa en su patria pero también en su tierra adoptiva. La patria, dice el poeta cubano, sólo se encuentra en el destierro. ¿Cómo entender esta declaración? No sólo se encuentra debido al destierro, sino que precisa del destierro para ser encontrada y, en consecuencia, aparece cuando se la ha abandonado; la patria es posible por la ausencia. Así, las *Escenas norteamericanas* son, además de crónicas publicadas en diarios latinoamericanos, artículos de opinión sobre la política y la sociedad locales. ¿Es Martí el primer hispano en los Estados Unidos? ¿Se lo puede leer como un precursor de los *latino studies*? ¿Cuál es la ciudadanía de Groussac? ¿Hasta dónde podemos llamar a Groussac *escritor francés*? Otro tanto puede decirse de Manuel Ugarte, Rubén Darío o Enrique Gómez Carrillo, todos autores cuyo viaje no tuvo boleto de regreso. Sería interesante leer a estos escritores más que como viajeros, como desplazados y fracasados en sus países de origen, en quienes el viaje deja una huella indeleble, capaz de alterar y reconvertir su identidad. Es preciso asumir la incertidumbre activada por el viaje, además de su productividad en la invención de tradiciones.

Aunque *Viaje intelectual* alude reiteradamente al concepto de *in-between*, no estoy seguro de que todos los sentidos de esta categoría sean aprovechados. Los relatos de viaje, según lo demostraron Flora Süssekind y Julio Ramos, forman un género escurridizo e híbrido, central en el proceso de modernización literaria en

América Latina. Sin embargo, quizás sería necesario leer con mayor desconfianza la posición desde donde construyen el mapa y sus fronteras imaginarias. Porque la posición *in-between* característica del viajero posee el atributo de horadar las tradiciones, al mismo tiempo que las produce. Nos exige así replantear las identidades duras y las categorías rígidas para reconocer los procesos de afiliación y su efecto en la formación del canon. Estudiar el desplazamiento requiere acompañar la migración conceptual para leer la aporía inaugural del latinoamericanismo, “la ausencia fundacional, frecuentemente ligada al exilio o la migración, que sitúa al sujeto fuera de las fronteras de la tierra natal –y de la lengua materna– cuyas esencias paradójicamente intenta nombrar”.¹

La empresa de nombrar las esencias forma una colección de *souvenirs*: un equipaje de viajero poblado por recuerdos bastante homogéneos por tratarse de una colección latinoamericana. Uno de los saberes empleados para imaginar la colección, la filología, contribuye a componer la identidad hispánica basada en la lengua, que demarca fronteras para un patrimonio edificado sobre la letra escrita y celoso de cualquier amenaza a su composición uniforme,

¹ Julio Ramos, “Genealogías de la moral latinoamericanista: el cuerpo y la deuda de Flora Tristán”, en Mabel Moraña (ed.), *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina*, Santiago, Editorial Cuarto Propio-III, 2000, p. 225.

masculina, arrodillada ante la cultura europea. Esa colección, como el museo de objetos orientistas de Gómez Carrillo, permite explicar la renuencia de los autores estudiados a pensar en América Latina como un conjunto más amplio que la cultura letrada.

El cosmopolitismo finisecular significó un vínculo mundano con Europa, incluso aunque la súplica por el reconocimiento no encontrara a menudo otro eco que el de los

propios colegas hispanoamericanos. Eso permite entender la ausencia de la cultura brasileña, o casi toda referencia a aquello que no perteneciera a la cultura de élite a la que, por origen de clase o por capital simbólico, pertenecían todos los miembros de la constelación estudiada en *Viaje intelectual*. Cabe interponer entonces una pregunta adicional acerca de los bordes externos del mapa trazado por Colombi, e

interrogar así los efectos últimos del viaje. El equipaje que los viajeros acumulan en su travesía es útil para desagregar el contenido de la tradición, reconocer aquello que excluye y entender mejor la genealogía del latinoamericanismo, una tarea para la que éste resulta un libro imprescindible.

Alvaro Fernández Bravo
UDES / CONICET